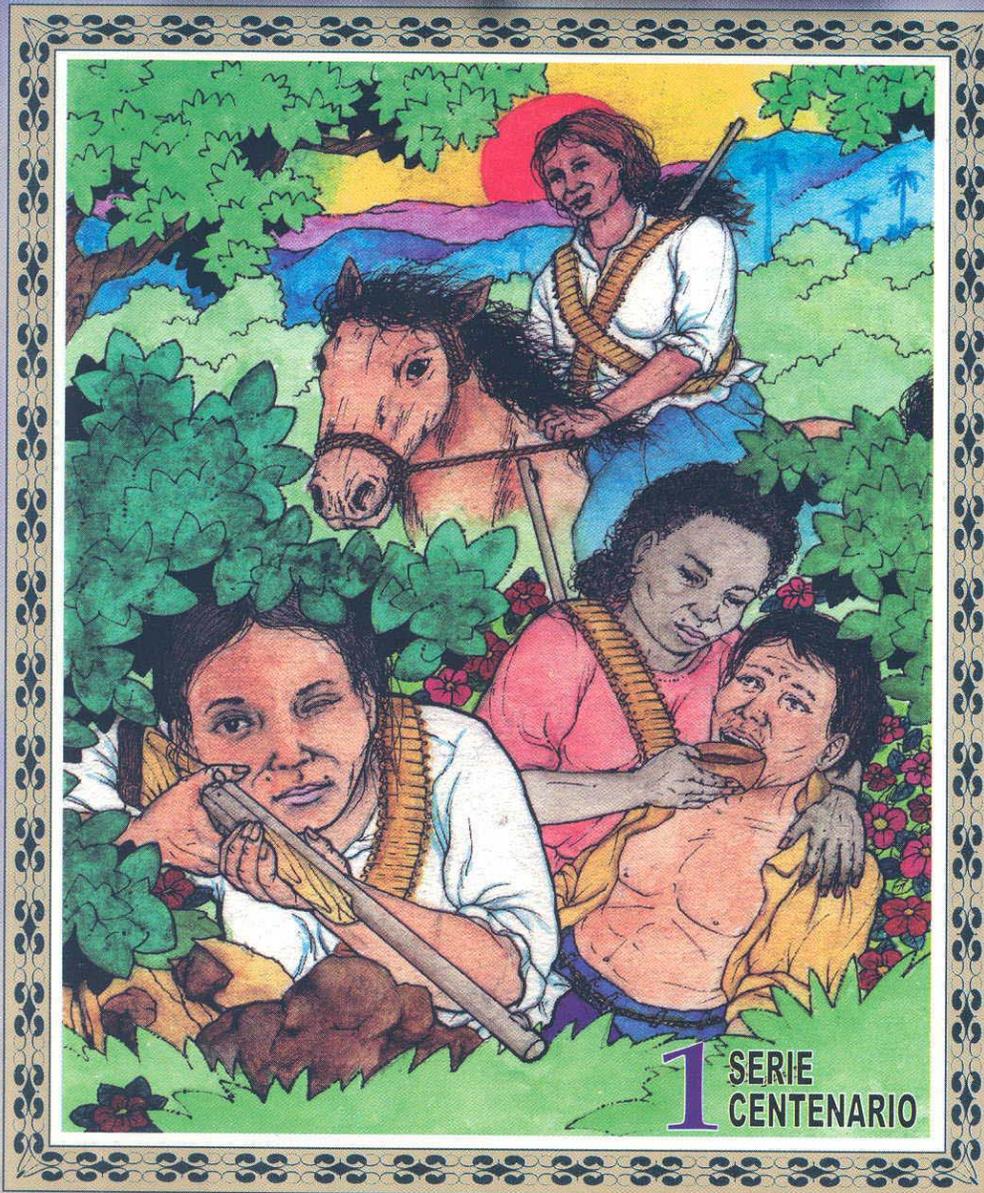


# Herbert George Nelson Austin



1 SERIE  
CENTENARIO

*El Papel de la Mujer  
en la Guerra de los Mil Días*



Herbert George Nelson Austin

El papel de la Mujer  
en la Guerra de los  
Mil Días

Panamá, noviembre de 2003.

## ***El Papel de la Mujer en la Guerra de los Mil Días***

Herbert George Nelson Austin

### **Dirección de Trabajo**

Grupo Pionero  
Avenida Americas 1536, Colonia Providencia  
Guadalajara, Jalisco, C.P. 44620  
Tel.: (91) (3) 8 175050  
8174409

### **Domicilio**

Paseo de Los Granados  
Colonia Paseos de Tsqueña  
México, D.F., C.P. 04250  
Tel.: (91) (5) 6702146

Correo Electrónico: hnelson@eccomputacion.com

### **Centro de Investigación y Docencia de Panamá (CIDPA)**

Balboa, Corregimiento de Ancón, Calle Akee, 1507A  
Ciudad de Panamá  
Tel./Fax: (507) 228-2354  
Correo electrónico: cidpa@yahoo.com  
Apartado Postal:  
6-6427 El Dorado  
Panamá, Rep. de Panamá

Primera edición, mayo de 2003

Reservados todos los derechos conforme a la Ley.

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización del autor.

Impreso por *Silverlaser*

Portada: *Olokwagdi*.

305.4 N325 Nelson Austin, Herbert George  
El papel de la mujer en la guerra de los mil días / Herbert  
George Nelson Austin. - Panamá : Centro de Investigación y  
Docencia de Panamá, 2003. 20 p. ; 24cm.

ISBN 9962-618-04-5

1. MUJERES - HISTORIA 2. GUERRA DE LOS MIL  
DIAS, 1899 - 1903 3. PANAMA - HISTORIA  
4. MUJERES - COMO GUERRILLERAS I. Título.





la dignidad y los principios no mueren, se mantienen en alto, aunque ello cueste la vida misma. Como dijera el cholo Victoriano Lorenzo, “...*mujeres como ustedes son las que necesita la revolución, ¡carajo!*”.

Rescatar la participación de la mujer campesina, indígena, obrera, estudiante, ama de casa, profesional en la historia nacional y en la lucha de liberación social, implica una ruptura epistemológica. Se trata, en el fondo, de una posición crítica y de ruptura frente a la ciencia y la práctica social burguesa.

Este es el deber que tenemos que asumir las mujeres de hoy, por respeto a quienes ofrendaron toda su vida a la lucha por la justicia social, por la liberación nacional y por la emancipación de la mujer. Por el sueño de una nueva sociedad para nuestros hijos e hijas.

***Maribel Gordón Calderón***

*Mayo, 2003.*

# El papel de la Mujer en la Guerra de los Mil Días

**C**onócese como la Guerra de los Mil Días la sangrienta y devastadora guerra civil que sacudió a la nación colombiana en el período comprendido entre 1899 y 1902 y que culminó el 21 de noviembre de 1902 con la firma del Tratado de Wisconsin. La historia marca como fecha inicial de la guerra el 18 de octubre de 1899, cuando los partidarios del Partido Liberal tomaron las armas para derrocar al gobierno conservador que regía los destinos de la nación.

A la inestabilidad política que había venido padeciendo la nación colombiana desde la segunda mitad de la década de 1890, se sumó la recesión ocasionada por la caída de las exportaciones y los precios internacionales del café, la baja recaudación de impuestos y la implacable represión ejercida por el ejército conservador contra los militantes y simpatizantes liberales, y la chispa que encendió la guerra fue el fraude electoral efectuado por los conservadores en las elecciones presidenciales de 1898. En ese entonces, Panamá formaba parte de Colombia y como Departamento integrante del país se vio envuelta en la guerra civil.

Desde los inicios de la guerra civil, las confrontaciones bélicas se desarrollaron mediante dos métodos: guerra regular y guerra de guerrillas. El segundo método, la guerra de guerrillas, será aplicado exclusivamente por el bando liberal. Cuando las tropas insurgentes fueron derrotadas en una confrontación regular en la batalla de Palonegro (mayo de 1900) y en la Batalla del Puente de Calidonia (26 de julio de 1900), la dispersión de los elementos de los ejércitos regulares derivó en el surgimiento de un ramillete de grupos guerrilleros. En ese entorno, *“la guerra de guerrillas toma fuerza en la medida en que los intentos de guerra regular son rápidamente destrozados por la absoluta superioridad en hombres y armas del gobierno.”*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Villegas, Jorge y Yunis, José, “**La Guerra de Guerrillas**”, en **Revista Lotería, Edición Especial: Guerra de los Mil Días**, Panamá, 2001, p. 212.

En esta etapa de la guerra civil donde se combina la guerra regular y la guerra de guerrillas, la participación de las mujeres adquiere una vital importancia como factor de apoyo logístico y de servicios básicos de supervivencia.

Estas sufridas y valientes mujeres calificadas con el apodo de “**las juanas, las cholitas o las rabonas**” aportaron valiosos servicios a los contendientes en la Guerra de los Mil Días. Cuando la guerra civil se recrudeció, muchas mujeres marcharon a la retaguardia de las tropas guerrilleras y regulares y otras al frente de batalla, motivadas en su mayor parte por seguir al hombre que amaban o para no sentirse abandonadas en el hogar.

*“Muchos fueron sus roles en esa contienda: las que marcharon con su marido porque tenían el desamparo, el abandono, las represalias y el riesgo de quedarse solas; las que asumieron la aventura para seguir al amante, las que ofrecieron apoyo económico y logístico, las que organizaron redes de postas y de espías (que las hubo de todos los rangos sociales), las que convirtieron su casa en hospital de sangre, las que animaron a sus hombres y se resignaron a verlos partir y, finalmente, aquellas que se enrolaron en las fuerzas contendoras con la esperanza de recibir un arma, ser llamadas a combate y entrar en acción.”<sup>2</sup>*

Las redes de transmisión de informaciones alertaban a las tropas indígenas sobre el acercamiento del enemigo y llevaban y traían órdenes militares. Con el amplio conocimiento que poseían sobre la geografía de la región, las campesinas y las indígenas establecieron eficientes sistemas de correo y de postas. No importa qué hora del día o de la noche era, desde el suelo o las copas de los árboles podían divisar e identificar desde larga distancia a cualquier persona que se acercaba al lugar en que realizaban una posta, sin ser vistas, porque para ellas “*no había secretos en las nubes, el sol y la sombra que se proyectan durante el día, así como en las estrellas, bajo el manto de la noche.*”<sup>3</sup>

Similarmente, aprovechaban los conocimientos que poseían sobre la dirección de los flujos de los ríos para enviar notas en carrizos, los cuales llegaban a su destino mediante las corrientes fluviales. Mientras lavaban la ropa en los

<sup>2</sup> Martínez Carreño, Aída, **Las Capitanas de los Mil Días. Participación de las mujeres en la guerra y apasionado testimonio de una de ellas**, Revista Credencial Historia, Bogotá, Colombia, Enero 2000, No. 121, p.9.

<sup>3</sup> Conte-Porras, Jorge, **Meditaciones en torno a Victoriano**, Primera Edición: Octubre de 1997, Impreso por Impreandes S.A., Santafé de Bogotá, Colombia, p.147.



los movimientos que iban a realizar las tropas del gobierno. Testimonia el Dr. Belisario Porras de que antes de que se produjera la batalla del Puente de Calidonia una hija del General Benjamín Ruiz se desplazó desde la ciudad de Panamá hacia Corozal para informarle al General Emiliano Herrera sobre la desmoralización que existía en las tropas conservadoras que estaban en Panamá y le sugirió atacar inmediatamente.

*“Hubo más: de Panamá salieron varias personas a pintarle a Herrera la situación de ésta y a rogarle siguiera a ocuparla sin pérdida de tiempo. Una de esas personas fue una joven patriota, hija de Benjamín Ruiz, y la otra Ulpiano Sencial.”<sup>4</sup>*

Mujeres coclesanas como **Antonia Amador** y **Luduvina Pascual**, son recordadas por Jacobo Alzamora como excelentes informadoras que, poniendo en riesgo el pellejo, realizaron importantes aportes para la causa de las tropas guerrilleras. Ellas se infiltraban dentro de los campamentos de las tropas gubernamentales presentándose como mujeres alegres y en el fragor de la diversión embriagaban a los soldados y sutilmente les extraían información de carácter logístico o militar.

*“Por medio de nuestras espías que ya estaban instruidas por mí, Antonia Amador y Luduvina Pascual, a quienes les tenía yo aleccionadas, para que dijese que no querían saber de esos bandidos; para que así les inspiraran confianza y oyeran todo donde el Coronel Núñez Roca y las dejaran salir a buscar comida, que ellas conseguían en nuestro campamento del cerro de Santacruz.”<sup>5</sup>*

La actividad informadora no fue exclusiva de los liberales, también las fuerzas conservadoras tuvieron eficientes espías, las cuales se convirtieron en ojos y oídos del gobierno. Las “**sapas**” (delatoras) vigilaban las casas de los insurgentes y tomaban notas de las personas que salían y entraban. Luego, a escondidas enviaban a algún pariente a las oficinas gubernamentales para que con esta información las autoridades pudieran actuar contra los denunciados. Otro método alternativo de proporcionar información al gobierno consistía en abordar al oficial encargado de una partida militar y proporcionarle la información sobre la cantidad de insurgentes que habían pasado por el poblado.

<sup>4</sup> Porras, Belisario, “La Batalla del Puente de Calidonia”, en **Revista Lotería, Edición Especial: Guerra de los Mil Días**, Panamá, 2001, p. 130.

<sup>5</sup> Alzamora, Jacobo, “**Reminiscencias Históricas de la Guerra de los Mil Días, por el Comandante Jacobo Alzamora en los años de 1900-1902**”, en **Boletín de la Academia Panameña de la Historia**, Tercera Época, septiembre-octubre de 1982, No. 27-28, Panamá, p. 91.

Otras mujeres desempeñaron papeles más activos en la guerra civil, llegando algunas a intervenir en los frentes de batallas y a tener bajo su mando a un pelotón de combatientes varones, y escalar grados militares desde simples soldados hasta Capitanas. Siendo las mujeres el sector social más explotado, oprimido y marginado en la época de la guerra civil, es muy poca la información que sobre ellas aparecía en la información oficial.

Sin embargo, era muy común que se observaran a éstas combatientes liberales limpiando rifles y carabinas en los campamentos. Además, al término de las batallas, éstas se encargaban de retirar heridos, recolectar balas, casquillos y alimentos que quedaban tirados en los campos de batalla. No existen indicios de que hayan existido batallones formados por puras mujeres.

El rango de Capitana, el mayor al que podía aspirar una mujer, sólo se otorgaba a aquellas mujeres que habían demostrado coraje, valentía y don de mando en su historial de combatiente. Las hazañas realizadas por algunas de estas mujeres quedaron impregnadas en la memoria de los hombres que combatieron bajo sus órdenes y de las comunidades a las que pertenecieron. Tal fue el caso de **Ester Quintero, Capitana de las fuerzas Restauradoras**, quien en una de las batallas efectuada en Honda, Colombia, increpó la cobardía mostrada por los insurgentes para proseguir la batalla y se lanzó con un grupo de insurgentes y atacó de frente a las fuerzas gubernamentales, muriendo en el intento de desalojar de sus trincheras a los fuerzas enemigas.

La vida de las mujeres combatientes en la guerra civil de los Mil Días contiene un ingrediente dramático adicional, digno de admiración y respeto: el tener que combatir en estado de gravedad. Cuenta la leyenda que la **Capitana Teresa Otálora Manrique**, que combatió bajo las órdenes de los jefes guerrilleros Cesáreo Pulido Sánchez y del “negro” Marín, que a pesar de su embarazo se mantuvo sin declinar combatiendo a las tropas gubernamentales y que inclusive cargaba a su recién nacido en los feroces combates que se escenificaron. En las memorias que dejó escrita esta admirable mujer, relatos que escribió desde la cárcel, describió uno de los episodios dramáticos en los que más cerca estuvo de perder su vida y la de su hijo.

“Este niño nació con una hendidura en la cabeza, hacia la parte de la nuca, en el cerebelo, causada por la corriente del terrible río a donde fue arrastrado el cansado caballo y yo arrebatada por sus aguas, sufriendo enormes golpes con sus inmensas piedras ¡qué terrible momento para mí, profundizada entre las aguas sin esperanza de salvación! No hubo por donde se me diera alguna ayuda, la fuerza se quedaba viendo que yo partía para la eternidad...el caballo fue tirado por la corriente a un remolino donde pereció y se destrozó el galápago y yo al fin de tanto luchar con el agua logré levantar la cabeza para saber en dónde me encontraba: todavía alcanzaba a ver a mi gente a la distancia de una cuadra...logré tomar a nado la orilla en donde me levanté gritando <<Viva el partido liberal, hemos triunfado>>.”<sup>6</sup>

Algunas sobrevivientes de esta guerra cuentan que algunas veces tuvieron que dar a luz en un rinconcito del campamento y, en otras ocasiones, en cuevas ubicadas en las montañas. En otros casos, tenían que abandonar la tropa y quedarse en alguna ranchería y obtener los servicios de una partera del lugar.

Al repasar la lista de los pocos nombres de mujeres guerrilleras de toda Colombia que la historiografía ha podido rescatar, el de **Inés Melgar**, segundo jefe del batallón Gaitán de Panamá y el de la teniente Catalina Sigurbia, alias “**la negra Liboria**”, resaltan junto a otras mujeres combativas que escribieron páginas heroicas en la Guerra de los Mil Días.

“Esther quintero, Estela, Candelaria Pachón, Ana María Valencia, **Inés Melgar**, Carmen Bernal, Mila Arellano...Natalia Galindo, Ercila Zorrillo, Luisa Guzmán, Rosa Vera, María Luisa, Mónica y Saturnina Higuera, Eulogía Chaparro, Carmen Galindo, Ramona Mendoza, Virginia Alonso, la seca Lucinda, **la negra Liboria**, Carmen Santana, Rosaura Rodríguez y Diogracias Charcas, entre cientos de otros nombres que nadie se ocupó de conservar.”<sup>7</sup>

Cuando se nombran a los elementos que se incorporaron a las fuerzas de Victoriano Lorenzo, pasa casi inadvertida el nombre de **la Negra Liboria**. Sin embargo, es una de las pocas mujeres que son mencionadas en las memorias de algunos de los combatientes y de la población de comunidades campesinas en la

<sup>6</sup> Memoria que se guarda con su hoja de vida entre los expedientes de Veteranos de la Guerra de los Mil Días en el Archivo General de la Nación, Colombia. Fragmento citado en Martínez Carreño, Aída, **Las Capitanas de los Mil Días. Participación de las mujeres en la guerra y apasionado testimonio de una de ellas**, Revista Credencial Historia, Bogotá, Colombia, Enero 2000, No. 121.

<sup>7</sup> Jaramillo Castillo, Carlos Eduardo, **Las Juanas de la Revolución. El Papel de las Mujeres y los Niños en la Guerra de los Mil Días**, Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Vol. 15, Colombia, p. 220.

guerra civil que se desarrolló en Panamá, como elemento femenino que empuñó las armas al lado de los combatientes varones. Algunos la recuerdan **combatiendo ferozmente en el combate de Puerto Gago**, tanto encima de su caballo como dentro de las trincheras de piedras. Hasta las propias tropas conservadoras reconocieron la ferocidad con que peleaba. Testimonia Laurencio Conte Jaén que “*en el campo enemigo se portó con coraje, llamando la atención de todos.*”<sup>8</sup>

Y qué decir de Josefa, la esposa del Dr. Carlos A. Mendoza y de Carmen, esposa del General Paulo Emilio Obregón, quienes cargaban sus fusiles para todo lado y en los combates demostraron poseer similar valor que los mostrados por los soldados varones.

*“El doctor Carlos A. Mendoza y el General Paulo Emilio Obregón, se vinieron para donde el doctor Porras. El general Obregón se enamoró de Carmen y el doctor Mendoza de Josefa y cada vez que había un tiroteo en los retenes Carmen cogía el rifle y le decía al general Obregón: mira Obregón, así es que se tira y pum!. con uno de los atacantes en un retén le apuntó y cayó al suelo y peleó como un hombre al lado del general Obregón.”*<sup>9</sup>

Las cholitas realizaban labores que abarcaban un número variado de actividades, listándose entre éstas: retirar heridos de los campos de batalla, curar a los heridos, cocinar, lavar las ropas de los combatientes, recolectar cosechas, cuidar y alimentar ganado y aves comestibles, preparar brebajes para la cura de enfermedades como el paludismo, la malaria, el tifo, la viruela, etc. Inclusive, algunas llegaron a participar en la construcción de trincheras de piedra, transportando y apilando gran cantidad de piedras.

Algunas vivían prácticamente dentro del campamento. Tal es el caso de las cholitas que se encargaban de lavar la ropa en el cuartel general La Negrita. Utilizando fibras y hojas generaban los detergentes que facilitaban el extraerles el sudor y mugre a la ropa de los combatientes. Estas mujeres eran protegidas por las tropas varoniles indígenas con el fin de defenderlas en caso de un ataque sorpresivo de las tropas conservadoras. A los hombres se les prohibía penetrar en la zona de las lavanderas.

<sup>8</sup> Conte Jaén, Laurencio, **Llegaron los Cachacos (Recuerdos de la Guerra Civil de los Mil Días)**, Ed. Lithoimpresora, Panamá, Panamá, 1978, p. 24.

<sup>9</sup> Alzamora, Jacobo, **Reminiscencias Históricas de la Guerra de los Mil Días**, p. 106.

Existieron muchos casos en que se vieron a estas cholos introducirse al área de combate en medio de las balas buscando a sus esposos entre los combatientes que estaban tirados en el campo, y a veces los hallaban ya muertos, o respirando y quejándose de las heridas y entonces tomaban un pedazo de lienzo o tiras de su falda para vendar las heridas de su amado. Cuentan que en algunas ocasiones cuando les era imposible trasladar al herido para prestarle los auxilios médicos requeridos, pedían auxilio en el campo enemigo.

A los que ya encontraban hechos cadáveres, le daban cristiana sepultura en las zonas aledañas al campo de batalla. Pero, en la mayoría de los casos, el cadáver quedaba a la intemperie debido a que ellas no podían trasladarlos a sus lugares de origen, o simplemente porque no contaban con la condición física que se requiere para transportar o cargar un cadáver. En **Campo Trincheras** pueden apreciarse algunos montículos de tierra y piedras que dan la impresión de que corresponden a tumbas de combatientes caídos en ese campamento.

Algunas “**cholos**” se hicieron famosas en la guerra puesto que se encargaron de servir de cocineras a las tropas y se esmeraron por mitigar el hambre de los combatientes. La Sra. Regina Rodríguez, en entrevista que se le hizo en Piedras Gorda, Chitira, en 1997, testimonia que conoció personalmente a Victoriano Lorenzo y que “**su madrina, la Sra. Vicenta García fue la cocinera de la tropa.**”<sup>10</sup>

También, **Clementina Rodríguez Quirós** testimonia que desde los 9 años se desempeñó como ayudante de cocinera en varios campamentos de las tropas de Victoriano.<sup>11</sup> A los 111 años, relataba desde la Pintada, Coclé, el 16 de mayo de 2003, que ella y una vecina llamada **Angélica Martínez** dos días a la semana transportaban hasta un campamento en la comunidad de Marica Abajo, Los Uveros de Penonomé, una jaba (motete) llena de verduras, legumbres y carne de gallina. Describe que los utensilios que utilizaban normalmente para servir los alimentos consistían en platos de madera, hojas de plátano, o totuma (vasija hecha con fruto del totumo). De este mismo material cortaban tiras para hacer cucharas.

<sup>10</sup> Gutiérrez, Samuel A., **Victoriano Lorenzo, Raíces y Cepas Familiares**, Sin sello editorial, Sorá, verano de 2002, Panamá, p. 6.

<sup>11</sup> Existen dos entrevistas realizadas a la señora **Clementina Rodríguez Quirós**: la realizada por Rafael Quezada el 13 de mayo de 2003 y la realizada por Herbert George Nelson Austin el 16 de mayo del 2003.

Una de las anécdotas sobre el papel de las cocineras en la Guerra de los Mil Días y que los cholos han conservado en sus narraciones orales es el suceso acaecido en uno de los campamentos de los guerrilleros ubicados en la zona de **Campo Trinchera**. Esta anécdota fue rescatada por un estudioso oriundo de Coclé llamado **Hernán Cárdenas**.

Cuentan que en una ocasión los guerrilleros que estaban en un campamento se vieron una noche amenazados por la presencia de un numeroso contingente de elementos del ejército del gobierno y que optaron por abandonar el lugar para evitar efectuar un combate en condiciones adversas. Que cuando al siguiente día se apersonó Victoriano Lorenzo a El Asiento, lugar donde se preparaban los alimentos, para verificar las condiciones existentes, sólo se topó con la presencia de las cocineras. La amenaza de las tropas gubernamentales sólo había quedado en un simple amague. Una de ellas, **Petra Virginia de Araúz**, se dirigió a Victoriano y le habló orgullosamente en los siguientes términos: “**General, todos los hombres han escapado pero nosotros estamos aquí, firmes con usted y con la comida preparada**”. El estallido de orgullo, valor y lealtad -mostrado por estas mujeres penetró profundamente en el alma de Victoriano quien en un gesto de generosidad y reconocimiento que sólo lo hacen los grandes líderes, les obsequió a cada una 20 pesos y les regaló uno de los más hermosas frases salidas de su boca:, diciéndoles: “**Tomen mujeres estos 20 pesos, mujeres como ustedes son los que necesita la revolución, ¡carajo!**”<sup>12</sup>

Si bien el General Victoriano Lorenzo siempre fue amable, respetuoso y amigable con las cocineras, no menos cierto es que tomaba sus precauciones para evitar que existieran nuevos intentos de envenenarlo a través de los alimentos. En una ocasión una de las muchachas que participaba en la elaboración de sus alimentos, contratada por uno de los oficiales del ejército conservador, intentó envenenarlo. Al descubrir Victoriano a la culpable, mandó a que simplemente se le azotara, aunque por el delito que había cometido se merecía un castigo más fuerte. Después de este incidente, Victoriano nombró en el cuartel Central de La

---

De Rafael Quezada se puede consultar el reportaje titulado “**Cocinera del Cholo Victoriano tiene 111 años. La Gallina era el plato favorito del guerrillero. Clementina, su cocinera de 111 años de edad lo cuenta**”, en periódico **Mi Diario**, Sección Mi comunidad, jueves 15 de mayo del 2003, Panamá, Panamá, p. 4. La entrevista realizada por Herbert G. Nelson Austin fue hecha en videocámara de 8 mm.

<sup>12</sup> Rodríguez, Omar Ariel, “**Las huellas de Victoriano Lorenzo**”, Periódico **La Prensa**, Sección Nacionales, jueves 15 de mayo del 2003, p. 8-A.

Negrita a la cocinera **Carmelita Madrid** para que supervisara estrechamente a las que preparaban sus alimentos.

Ellas llevaron sobre sus hombros la responsabilidad de proveer los alimentos a los combatientes y de saciar su sed, sea en los campamentos o en medio de los combates prolongados. **Petita Hoyos, Georgina Aguilar, Vicenta García, Clementina Rodríguez Quirós y Angélica Martínez, Petra Virginia de Araúz, Carmelita Madrid**, por mencionar a unas cuantas, no sólo desempeñaron la labor de cocineras sino que muchas veces la hicieron de enfermeras.

La misma sal que utilizaban para conservar los productos cárnicos y darles un toque de sazón a las sopas, le servía para atacar la deshidratación que sufrían los combatientes, desmanchar de sangre la ropa y, además, usarla con fines medicinales y terapéuticos. Esto explica, en cierto grado, la gran disputa que escenificaron liberales y conservadores por dominar la región de Aguadulce, lugar donde se encontraban unas de las mayores fuentes de sal.

Aquellas mujeres que por circunstancias de la guerra tenían que quedarse en su comunidad y atender a los niños y realizar labores domésticas, también contribuían desde sus hogares con valores agregados para los ejércitos con los que simpatizaban. Mientras sus maridos, hijos y hermanos en edad de combatir se incorporaban a las tropas guerrilleras, bajo precarias y penosas condiciones económicas por la ausencia del cabeza de familia, realizaban actividades agotadoras como el obtener la leña y el carbón para mantener encendidos los fogones y recurrir al trueque de alimentos y manufacturas para obtener recursos para la alimentación de los otros miembros de la familia.

Comer un pedazo de carne de res o de cerdo era una actividad de lujo para las cholas pues, en la mayoría de las veces no contaban con el dinero requerido para pagar el impuesto del deguello. En aquella época, el gobierno había emitido una ley en la que sancionaba a toda persona que no pagara un impuesto por el sacrificio de una res o de un puerco, aunque este fuera para consumo privado. Además, las autoridades gubernamentales se habían negado a que las deudas de esta naturaleza fueran saldadas mediante trabajos relacionados al mantenimiento de los caminos. Por eso, ellas preferían utilizar para su alimentación carnes de aves de corral y de los peces que lograban pescar en los riachuelos.



consecuencia de la ausencia del cabeza de familia en el hogar, y ellas se vieron en la imperiosa necesidad de asumir la jefatura de sus hogares.

Las tropas gubernamentales no sólo despojaban a las cholos de sus terrenos y sembradíos sino que, también, existieron casos en que golpearon a estas mujeres con la huasca (ramal de cuero, cuerda o sogas que sirve de látigo para azotar a los caballos), con la hoja del sable o del machete (planera), con el propósito de que confesaran si habían dado recientemente hospedaje a algunos de los insurgentes a los que perseguían, o para extraerle información sobre el paradero de sus parientes y de sus vecinos. En casos concretos, como fue la toma del caserío (El Cacao) en el que vivía Victoriano Lorenzo, los soldados gubernamentales golpearon y violaron a las mujeres y niñas de ese caserío.

*“Siguió la comisión para el “Cacao” con órdenes de traer a Victoriano y quitarle los rifles y el parque; empero Victoriano no estaba en la casa y tenía los rifles escondidos en un rancho en un arrozal y cuando llegó la tropa, sola estaba en la casa la señora Lorenza Morán la esposa de Victoriano y un hermano; al que tomaron preso y la señora se escapó con una hija huyendo por la montaña; y al hermano de éste, lo obligaron a que dijese donde estaban los rifles; y como éste no decía, lo colgaron por los dos dedos grandes de los pies en el jorón poniéndolo en suplicio como en tiempo de la inquisición, hasta que ya se vio fatigado y muriéndose y tuvo que decir donde estaban los rifles y entonces lo bajaron del jorón y los llevaron a entregar los rifles y el parque. Todas las mujeres y niñas del lugar, fueron violadas por los soldados; las gallinas, pavos y todo cuanto tenían, se lo robaron los regeneradores y cometieron toda clase de depredaciones y de bandolerismo y emprendieron su viaje después de haber hecho su fechorías.”<sup>14</sup>*

Un tipo de agresión muy común que tenían que soportar estas mujeres consistía en los azotes que les inflingían los militares con la huasca que utilizaban comúnmente para azotar a los caballos o con ramas de calabaza. Este tipo de agresión les producía dolorosas heridas que en muchas de las veces quedaban marcadas en el cuerpo por mucho tiempo.

Además, muy importante, el papel de la mujer en el área de la salud fue de primordial importancia: algunas veces la hacía de médico, curandera y decenas de veces como de enfermera. A diferencia, de las tropas gubernamentales que algunas veces tenían centros hospitalarios permanentes para atender a sus heridos,

<sup>14</sup> Alzamora, Jacobo, **Reminiscencias Históricas de la Guerra de los Mil Días**, Boletín de la Academia Panameña de la Historia, Editor Manuel Octavio Sisnett Cano, Tercera Época, Panamá, Septiembre-Octubre de 1982, pp. 76-77.

los guerrilleros tenían que improvisar sus instalaciones de primeros auxilios. Para los insurgentes el hospital improvisado solía ser debajo de un árbol, en un ranchito, en un jorón, o a unos cuantos metros del campo de batalla.

*“Habiendo optado el liberalismo por la guerra de guerrillas como su forma operativa dominante y debiendo actuar en permanente transhumancia, difícilmente pudieron contar éstos con centros hospitalarios permanentes para atender a sus heridos, como sí lo hizo el gobierno. Razón ésta que los obligó a implementar un sistema de salud que hacía de los ranchos campesinos sus hospitales de sangre y de fiebre, donde las mujeres debían officiar como médicos y enfermeras. Allí fueron muchas las vidas que se salvaron, no sólo por los efectos de la botánica, la medicina popular y la alquimia hogareña, sino por el amor puesto por ellas para curar de las fiebres, entablillar las fracturas abiertas y aplicar los hemostáticos milagrosos como las hojas de Santamaría.”<sup>15</sup>*

En los hospitales rancheros se destinaban lugares para el tratamiento de las enfermedades infectocontagiosas (hospitales de fiebre) y otros para los heridos en combate o en accidentes fuera de las batallas (hospitales de sangre). Los oficiales de las tropas insurgentes llevaban siempre un inventario sobre la ubicación de los hospitales rancheros en la región en las que estaban combatiendo. En este sentido, muchos ranchos se convirtieron en lugares de convalecencia de los heridos de guerra, donde las cholas aplicaban torniquetes para detener hemorragias, lavar heridas, realizar vendajes. Como deducción lógica, las sábanas de las camas y las ropas se utilizaron constantemente para suplantar la carencia de vendas y algodón.

En la gran mayoría de los casos de tratamientos de enfermos, las mujeres tenían que recurrir al conocimiento de la medicina tradicional herbolaria. Tallos, raíces, semillas, flores, frutos, hierbas y hojas eran utilizados como materia prima para generar los mágicos brebajes y pócmas que llegaron a curar a muchos enfermos. Poniendo en práctica los conocimientos herbolarios que les transmitieron por generación sus antepasados indígenas, llegaron a producir una gran variedad de medicinas con características de tónicos antidiarreicos, antisépticos, purgantes, antiparasitarios, tranquilizantes, expectorantes, analgésicos, antibióticos, digestivos, antiinflamatorios, tónicos, depurativos, etc.

Relata una señora que hizo labores de cocinera para las tropas de Victoriano Lorenzo, Clementina Rodríguez Quirós, que llegaron a utilizar remedios caseros

<sup>15</sup> Jaramillo Castillo, Carlos Eduardo, **Las Juanas de la Revolución. El Papel de las Mujeres y los Niños en la Guerra de los Mil Días**, Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Vol.15, Colombia, p. 218.

para curar a los heridos, como: hojas de Santamaría, naranja con sal, caña fistula, ajo, nance, enjibre, algarrobo, alcohol de caña, una planta llamada hombre grande y un polvito llamado quinina.

Dentro de estos hospitales rancheros la mujer también desempeñó la labor de asistente de las necesidades espirituales de los heridos, moribundos y convalecientes. Ellas elevaban plegarias a la Virgen María y a los santos de su devoción para que intercedieran en la recuperación del enfermo o para encomendarle el alma de los que morían. El rezar frente a una vela encendida o una lámpara de petróleo, con el humo del incienso, pidiendo ayuda para el enfermo, reconfortaba al paciente y le ayudaba a afrontar con estoicismo su desgracia. El convivir constantemente con el dolor de los heridos las colocaba en el nivel de la mujer sufrida, abnegada, aguantadora. Estas conductas eran un reflejo de la visión espiritual de la época que demandaba de la mujer su sacrificio más que su sabiduría, bajo el supuesto de que sería recompensada en la otra vida.

Cuando nos referimos al papel que desempeñan las mujeres en la Guerra de los Mil Días, no podemos dejar de puntualizar que las que se incorporaron al frente de batalla y las que avanzaban a la retaguardia de las tropas regulares y guerrilleras, eran mujeres campesinas o pueblerinas de baja extracción social. La mayoría comulgaba con la tendencia política de sus maridos o hermanos, aunque para ellas estaba vedado el voto y la participación política. El código social de la época le imponía a la mujer un discurso maternalista, enmarcando su radio de acción al ámbito privado y doméstico. Un número significativo de ellas hacían labores de sirvientas en las haciendas y fincas de los grandes terratenientes.

El papel jugado por los grupos femeninos de las elites, de la alta sociedad, distaba mucho de ser igual que el de las campesinas y pueblerinas. Las señoritas más distinguidas residentes en las grandes ciudades, las de alcurnia, y las esposas y parientes de los grandes terratenientes y la alta oficialidad, jugaron roles diferentes a las mujeres de clase humilde. Mientras se desarrollaba la guerra, éstas se daban el lujo de sacar tiempo para concurrir a reuniones sociales y a tertulias literarias y musicales, concurrir a las iglesias y realizar labores de “sapas” (delatoras), enviar y recibir correspondencia.

El círculo social de las mujeres de la alta sociedad citadina no toleraba que alguna mujer de condición humilde pudiera participar en sus actividades de

diversión. La vestimenta para concurrir a un baile o a una reunión bohemia o literaria tenía su norma de etiqueta estricta. Lo común era ataviarse de lindos trajes a la moda francesa o inglesa, lucir ricas joyas, un elegante abrigo, un empolvado pañuelo, unos guantes satinados, un rimbombante sombrero y, para las tardes soleadas o lluviosas, su respectiva sombrilla (paraguas). No podía faltar el abanico que contribuía a darles una imagen aristocrática y a poner en juego su coquetería femenina.

Relata José Ignacio Vernaza que en una ocasión que el General conservador Carlos Albán, quien murió a bordo del barco Lautaro en un enfrentamiento naval dirigido por el General Benjamín Herrera, fue invitado a una fiesta de la alta oficialidad, llevó a su sirvienta en lugar de su esposa y que al darse cuenta algunas damas que la acompañante del General Albán era una simple sirvienta, una de ellas exclamó: “***Te digo –decía una dama enojada y abriendo bien sus párpados fatigados – que a esa muchacha la he visto de sirvienta en la casa de Albán. -¿Imposible! ¿No puede ser! – respondía otra, entre severa y dudosa-. ¿Cómo iba a ser capaz de semejante atrevimiento? ¿Traer a este baile a una sirvienta? ¡Jamás!***”<sup>16</sup> El suceso fue calificado como un ultraje a la más alta sociedad.

Un cuadro típico de las mujeres de la alta sociedad era el verlas reunidas tomándose el chocolate mientras jugaban a las cartas y una que otra moviendo pausadamente el abanico que portaba en la mano.

La correspondencia de algunas de las esposas de los oficiales y funcionarios públicos de alto rango revelan un claro conocimiento sobre su ubicación clasista dentro de la sociedad de la época y, en algunos casos sus cartas muestran cierto estilo poético y romántico con huellas de habilidad literaria.

Su apoyo a las tropas gubernamentales conservadoras elevaba el ánimo combativo de los soldados, quienes se sentían alagados por la alegre recepción de que eran objetos cuando retornaban después de mucho tiempo de andar lejos del hogar.

---

<sup>16</sup> Vernaza, J. I., Vernaza, José Ignacio, ***Biografía del Dr. Carlos Albán***, Cali, Colombia , s.n., 1948, p. 216.

El General Victor Manuel Salazar relata en sus memorias la gran recepción que recibieron las tropas gubernamentales en la ciudad de Panamá después que retornaron victoriosos de la Batalla del Puente de Calidonia (Batalla librada del 24 de julio de 1900), en la que derrotaron a las fuerzas liberales que comandaban el Dr. Belisario Porras y el General Emiliano Herrera. **Señala Salazar que “las señoritas más distinguidas residentes en la capital organizaron bellas fiestas para agasajar a los bravos combatientes que, en memorable lucha desigual, acababan de cubrirse de gloria”**.<sup>17</sup>

Esto no implica de ninguna manera que los integrantes de las tropas conservadoras fueran en su mayoría de extracción aristocrática. Mas bien, la alta oficialidad de las tropas era la que pertenecía a este estrato social. Los elementos de las columnas y batallones eran de extracción humilde, carne de cañón, que eran reclutados a la fuerza y por decreto gubernamental, seleccionados principalmente del sector de la construcción, de las haciendas y de las minas. Por ello, también en la retaguardia de las tropas gubernamentales encontramos campesinas que se encargan de cocinar, atender heridos y proporcionar ratos de entretenimiento a la soldadesca conservadora y de lavar la ropa a los oficiales por una reducida renumeración. Estas “**hijas del regimiento**” soportaban un número variado de sacrificios a cambio de que les permitieran seguir a su compañero. Sólo en casos excepcionales encontramos incidentes en los que las mujeres de clases pudientes pusieron carne y sangre en el conflicto.

Otra labor que desempeñaron las mujeres de los sectores más acomodados que habitaban en los centros urbanos consistió en confeccionar banderas, bandas, estandartes y banderolas para propagar la causa, así como coser y reparar uniformes militares. Las que apoyaban al Partido Liberal usaban en los emblemas que confeccionaban el color rojo, mientras que las que simpatizaban con el Partido Conservador utilizaban el color azul. De la mezcla de estos dos colores habría de confeccionarse la bandera que simbolizaría la presencia de los dos partidos al separarse Panamá de Colombia.

---

<sup>17</sup> Salazar, Victor Manuel, **Memorias de la Guerra**, Editorial ABC, Santa Fé de Bogotá, Colombia, 1911, Capítulo VI. Reproducido en “**Recuerdos de la Guerra**”, **Revista Lotería, Edición Especial: Guerra de los Mil Días**, Panamá, 2001, pp. 111-122. Cf. Cita en página 113.



## *El Papel de la Mujer en la Guerra de los Mil Días*

*El Centro de Investigación y Docencia de Panamá (CIDPA), en los cien años del fusilamiento del héroe nacional y popular General Victoriano Lorenzo, y de la fundación de la república, ofrece al pueblo panameño la serie centenario, donde se reúnen escritos de sumo valor y trascendencia para honrar a los hombres y mujeres que ofrendaron sus vidas por una patria digna y soberana.*

*El número uno, "El Papel de la Mujer en la Guerra de Los Mil Días", del historiador panameño Herbert George Nelson Austin, explora una faceta desconocida por muchos y que fue crucial en la epopeya vivida por el pueblo panameño antes de su separación de Colombia. Es un merecido homenaje a la mujer panameña, a la que con su sacrificio y luchas sigue contribuyendo ejemplarmente a las mejores causas del pueblo panameño.*

*Es un aporte más a la necesaria profundización del conocimiento de la historia y al rescate de nuestra identidad nacional.*

**CIDPA**  
Centro de Investigación  
y Docencia de Panamá

